

Poder divino y alianzas estratégicas.

Anatomía de una autocracia impune.

1. La paradoja de un rey todopoderoso en el siglo XXI.

Marruecos es una monarquía absoluta que se presenta como una democracia constitucional. Su rey, Mohamed VI, concentra el poder político, religioso y económico. Es el Jefe de Estado y el Comendador de los Creyentes, un título que lo vincula directamente con el profeta Mahoma y le otorga una autoridad espiritual que ningún político electo podría reclamar. Su fortuna personal se estima entre 2.100 y 5.700 millones de dólares, lo que le convierte en el monarca más rico de África y en uno de los más ricos del mundo. Dispone de 12 palacios, más de 1.100 sirvientes, 600 coches de lujo y un yate valorado en 90 millones de euros.

Este poder inmenso se ejerce sin control parlamentario efectivo. El rey nombra a los ministros de Defensa, Asuntos Exteriores, Seguridad y Asuntos Religiosos. Puede disolver el parlamento, cesar gobiernos y vetar cualquier ley. Las elecciones existen, pero el poder real nunca se negocia. La Constitución garantiza la libertad de expresión, pero los periodistas y activistas que la ejercen son perseguidos sistemáticamente.

Y sin embargo, este régimen autoritario cuenta con el apoyo de una parte significativa de la población marroquí y, sobre todo, con el respaldo incondicional de Estados Unidos e Israel, que lo consideran un aliado estratégico indispensable. ¿Cómo es posible esta paradoja? La respuesta se encuentra en una combinación de legitimidad religiosa, control económico, represión sistemática y alianzas geopolíticas que se refuerzan mutuamente.

2. La doble legitimidad: el rey como descendiente del Profeta.

El poder de Mohamed VI no es solo político, es también religioso. Como Comendador de los Creyentes, es el líder espiritual de todos los marroquíes, un título que la Constitución le otorga y que nadie más puede

reclamar. Su linaje como descendiente del profeta Mahoma le confiere una autoridad que trasciende la política. Criticar al rey no solo es un acto de oposición política, es una forma de herejía, un ataque a la identidad religiosa y nacional del país.

Esta sacralización del poder es el primer mecanismo de control del régimen. Quien cuestiona al monarca se sitúa fuera de la comunidad de creyentes y, por tanto, fuera de la nación. Esta legitimidad religiosa no es un adorno retórico, es la base sobre la que se sostiene todo el edificio del poder. Sin ella, el rey sería un dictador más. Con ella, es un líder investido de una misión divina.

3. El poder económico como cimiento del poder político.

La riqueza de Mohamed VI no es un lujo personal, es una herramienta de poder. El rey controla Al Mada, un holding con intereses en banca, seguros, telecomunicaciones y minería en toda África. A través de su filial Managem Invests, invierte 750 millones de dólares en la producción de oro en varios países africanos.

Esta concentración de riqueza no es fruto del azar, sino de un sistema que permite al monarca y a su círculo acumular capital sin control ni rendición de cuentas. Las fronteras entre el patrimonio del Estado y el patrimonio personal del rey son deliberadamente difusas. El rey no solo es el jefe del Estado, también es el mayor empresario del país. Su poder económico se retroalimenta con su poder político y quien controla la economía controla las élites, los medios y, en última instancia, el Estado.

Si los marroquíes conocieran realmente la magnitud de esta fortuna y cómo se ha acumulado, probablemente se rebelarían. Pero ese conocimiento se les niega sistemáticamente a través del control de la información y la represión.

4. La farsa democrática: elecciones sin poder real.

Marruecos se define a sí mismo como una monarquía constitucional con un parlamento bicameral, un sistema multipartidista y sufragio universal.

Sobre el papel, es una democracia. En la práctica, es un régimen autoritario disfrazado.

Las elecciones son un ejercicio de legitimación, no de transferencia de poder. Los partidos políticos compiten, pero saben que su margen de maniobra es limitado. La oposición existe, pero está controlada. El parlamento debate, pero sus decisiones pueden ser anuladas por el rey. La función de este sistema es clara: callar a los ciudadanos. Se les dice que viven en una democracia, que participan y deciden. Y con ese argumento, se les cierra la boca.

La fragilidad de esta democracia simulada se hizo evidente en agosto de 2025, cuando el movimiento GenZ212 salió a las calles de varias ciudades marroquíes para exigir mejoras en sanidad y educación, y llegó a pedir al rey la disolución del gobierno. La respuesta del régimen fue la represión. La Gendarmería actuó con fuerza excesiva, causando la muerte de tres personas. El sistema tiene las armas y no duda en usarlas.

5. El apoyo popular: propaganda, clientelismo y miedo.

El régimen se sostiene sobre tres pilares complementarios: la propaganda, el clientelismo y el miedo.

La propaganda presenta al rey como el símbolo de la unidad nacional y el defensor de la causa palestina. Los medios de comunicación, estrictamente controlados, difunden una imagen del monarca como un líder cercano y generoso. Sus envíos de ayuda humanitaria a Gaza se utilizan como prueba de su liderazgo moral.

El clientelismo mantiene a las élites leales. El Majzén, el entramado de poder que rodea a la monarquía, es una red de lealtades que se sostiene sobre el reparto de prebendas. Quienes se alinean con el régimen obtienen beneficios, quienes se oponen sufren las consecuencias.

El miedo es el tercer pilar. El aparato represivo es poderoso y está omnipresente. Los servicios de inteligencia marroquíes, encabezados por Abdellatif Hammouchi (responsable de la Dirección General de Seguridad

Nacional y de la Dirección General de Vigilancia del Territorio de Marruecos, además de asesor del rey Mohamed VI en asuntos antiterroristas), persiguen a intelectuales, periodistas y defensores de derechos humanos. Marruecos ha integrado herramientas de espionaje como Pegasus, el software espía israelí, para controlar tanto a disidentes locales como a líderes internacionales. Con Pegasus, el régimen ha espiado a periodistas, activistas y mandatarios extranjeros como Pedro Sánchez y Emmanuel Macron. Una curiosidad reveladora es que Hammouchi recibió en 2025 la Gran Cruz de la Orden del Mérito de la Guardia Civil por parte del ministro español del Interior, Fernando Grande Marlaska, condecoración que ha sido criticada por asociaciones de la Guardia Civil, que la consideran incomprensible e injustificable por la reputación internacional de Hammouchi y la falta de cooperación marroquí en temas de seguridad.

Este aparato de vigilancia no hace un uso aislado de software espía, es un sistema estructural que disuade cualquier intento de disidencia. Bajo la supervisión del oscuro Bureau 21 (la oficina que gestiona directamente las operaciones de espionaje y control político, bajo la supervisión de Fouad Ali El Himma, consejero real y cercano colaborador del rey Mohamed VI, apodado por el aparato como el "virrey" o "rey en la sombra"), Marruecos ha consolidado un dispositivo de control que convierte la crítica en un acto de alto riesgo.

6. Alianzas internacionales. Pactos entre villanos.

El poder de Mohamed VI no se sostiene solo desde dentro; también desde fuera, gracias a una alianza estratégica con Estados Unidos e Israel. No es una alianza ideológica, sino un pacto de supervivencia mutua.

Marruecos necesita el respaldo internacional para legitimar su ocupación del Sáhara Occidental y para contener las críticas a su régimen. Estados Unidos necesita un socio estable en el norte de África que controle las rutas migratorias, coopere en la lucha antiterrorista y sirva como contrapeso a la influencia de China y Rusia. Israel necesita aliados en el mundo árabe que legitimen su posición y Marruecos es el único país musulmán que lo ha reconocido.

Esta triple alianza se consolidó a través de los Acuerdos de Abraham, mediante los cuales Marruecos normalizó sus relaciones con Israel a cambio de que Estados Unidos reconociera su soberanía sobre el Sáhara Occidental. Fue un intercambio de favores: Marruecos legitimó a Israel en el mundo árabe, mientras que Israel y Estados Unidos legitimaron la ocupación marroquí del Sáhara.

Pero esta alianza va más allá de los acuerdos formales, es un apoyo inquebrantable. Cuando Marruecos utiliza la migración como arma de presión contra España, Estados Unidos no lo condena sino que lo refuerza. Donald Trump felicitó a Mohamed VI por su "soberanía" sobre el Sáhara mientras miles de personas intentaban cruzar la frontera de Ceuta. Israel, por su parte, reforzó su alianza estratégica con Rabat y Washington.

Esta dinámica revela una verdad incómoda: Estados Unidos, Israel y Marruecos son países villanos que se necesitan recíprocamente. Cada uno de ellos tiene una agenda que, por separado, sería difícil sostener. Juntos, se protegen mutuamente. Porque en caso contrario, como dijo Hillary Clinton en otro contexto, acabarían colgados de las farolas. Sin el respaldo mutuo, cada uno de estos regímenes estaría expuesto a las consecuencias de sus propios abusos.

7. El pánico de Occidente y el ascenso del Sur Global.

No es el mundo el que necesita a Marruecos, es Occidente. Y lo necesita porque está en pánico. Las élites occidentales ven con creciente inquietud cómo el Sur Global avanza en todos los frentes (económico, tecnológico, demográfico y geopolítico) mientras los países occidentales se estancan y fragmentan.

China, India y el Sudeste Asiático crecen a ritmos muy superiores a los de las economías occidentales. Las cadenas de suministro globales se están reconfigurando y el centro de gravedad del comercio mundial se desplaza hacia el este y el sur. Mientras tanto, Europa y Estados Unidos se debaten entre el estancamiento económico, la fractura social y una crisis política que cada vez resulta más difícil de ocultar.

En este contexto, Marruecos no es un socio deseable, es un aliado necesario por desesperación. Las élites occidentales necesitan "muros", "guardianes" y "fronteras" que les aseguren el control sobre los flujos migratorios y las rutas comerciales. Marruecos, como régimen autoritario que controla férreamente su territorio y puede abrir o cerrar la llave migratoria, es un instrumento para ese propósito.

Pero esa alianza no es un síntoma de poder, es un síntoma de decadencia. Cuando la única forma de mantener influencia es a través de alianzas con regímenes autoritarios, es que esa influencia ya no es lo que era. El pánico de Occidente ante el ascenso del Sur Global es el motor de esta geopolítica del miedo.

8. La migración como herramienta de chantaje geopolítico.

La crisis migratoria no es un problema para el régimen marroquí, es su más eficaz instrumento de negociación. Marruecos controla las rutas migratorias hacia Europa y puede abrir o cerrar la llave cuando le convenga.

El cruce masivo de más de 50.000 personas a Ceuta, coincidiendo con la Fiesta del Trono y la ausencia de control marroquí, fue un recordatorio de esta capacidad. Marruecos utiliza el sufrimiento de los migrantes como moneda de cambio en sus negociaciones con España y la UE. Al mismo tiempo, el régimen se beneficia de la mano de obra barata y de las remesas que envían los emigrantes.

Esta instrumentalización de la migración es una consecuencia lógica de la geopolítica. Marruecos canaliza la presión migratoria hacia el norte, utilizándola como una amenaza velada. Si Europa no coopera, la llave se abre. Es una forma de chantaje que el régimen maneja con maestría.

9. El rey que se sostiene sobre la debilidad de Occidente.

Mohamed VI no es un rey democrático ni un monarca constitucional en el sentido europeo. Es un soberano absoluto que ha aprendido a vestir su autocracia con el ropaje de la modernidad. Su poder se sostiene sobre

su legitimidad religiosa, control económico y represión sistemática, reforzado por alianzas internacionales que le garantizan impunidad.

Pero esa impunidad no es un signo de fortaleza, sino de debilidad. Occidente no necesita a Marruecos porque el mundo lo requiera, sino porque está en pánico ante el ascenso del Sur Global y su impotencia para imponer su voluntad. La alianza con Marruecos es un acto de desesperación, no de poder.

La pregunta que deberíamos hacernos en Europa no es cómo gestionar la migración, sino qué razones ocultas justifican que se siga apoyando a un régimen que utiliza el sufrimiento de su pueblo como moneda de cambio y por qué esa posición de debilidad se disfraza de realpolitik. Mientras se siga comprando su gas, firmando acuerdos comerciales y reconociendo sus fronteras en el Sáhara, se estará alimentando el sistema que convierte a los marroquíes en súbditos y a los migrantes en rehenes. Y se hará desde una posición de miedo.